



# ADMIRABLE HISTORIA

DE

# DON CARLOS Y LUCINDA,

NATURALES DE LA CIUDAD DE VALENCIA:

*Dase cuenta como á un hijo que tuvieron, llamado Julian, le hablo un ciervo saliendo á caza. Se declara lo que le dijo, y lo que despues le sucedió al mismo; con todo lo demas que verá el curioso Lector.*

## PRIMERA PARTE.

Suene el clarin de la fama  
 con sus cánoros acentos,  
 y por la region del aire  
 esparza sus dulces ecos:  
 oiga todo enamorado,  
 atienda todo discreto,  
 todo galan preste oídos,  
 todo jóven esté atento,  
 los que de finos se precian,

de amantes y caballeros;  
 pues todos en esta historia  
 bien pueden tomar ejemplo.  
 En la ciudad de Valencia,  
 corte y emporio del reino  
 valenciano, donde habitan  
 tantas embidias de Venus;  
 pues las damas que produce  
 son de aquel Cupido ciego

flechas doradas y aljaba  
 con que logra sus trofeos.  
 En esta bella ciudad  
 de Chipre, jardín ameno,  
 un Caballero vivia  
 de los nobles de aquel reino,  
 llamado Don Juan de Lara,  
 que era rico por extremo,  
 casado con Doña Inés  
 de los Ríos y Acevedo,  
 señora de muchas prendas  
 y de grande entendimiento.  
 Tenian estos señores  
 una hija, á quien el cielo  
 la dotó de tal belleza  
 que era su cara un lucero  
 mas hermoso que el sol mismo;  
 que en su rostro amaneciendo  
 de la mañana la aurora,  
 quita las luces á Febo:  
 á esta llamaban Lucinda,  
 que este nombre le pusieron,  
 porque como era tan linda  
 le viniese el nombre apelo;  
 pues por su rara hermosura  
 de todos era embeleso,  
 el hechizo de Valencia,  
 y el alma de todo el reino.  
 De esta hermosísima dama  
 se enamoró un caballero  
 que la adoraba rendido  
 y la idolatraba tierno;  
 á quien llamaban Don Carlos  
 de Cardona, cuyo aliento,  
 cuyos blasones y fama  
 timbres á su nombre dieron.  
 Para casarse con ella  
 solicitaba los medios  
 convenientes para hablarla  
 y tratar su casamiento.

Paseábale la calle  
 con músicas y festejos,  
 suspiros enamorados  
 y amorosos galanteos.  
 Dos años gastó de amores,  
 sin que su amoroso fuego  
 llegase á emprender dichoso  
 en la ocasion sus incendios.  
 Una noche en fin dichosa,  
 cuando el nocturno Morfeo  
 á los sentidos suspende  
 el egercicio supremo:  
 cuando todos los mortales  
 rinden el tributo al sueño;  
 y cuando el ave cánora  
 suspende la voz y el vuelo,  
 y entre las hojas del árbol  
 busca defensas al tiempo.  
 Salió Lucinda á una reja,  
 y el adónis caballero  
 allí le habló en sus amores,  
 le declaró sus intentos,  
 le dió palabra de esposo:  
 ella le aceptó en efecto,  
 y le dijo: señor mio,  
 estimando como debo  
 el mucho amor que me tiene,  
 cumplir la palabra ofrezco,  
 usted me pida á mis padres.  
 Don Carlos dijo contento:  
 luego al punto, sol hermoso,  
 estoy pronto á obedeceros.  
 Pidióla en fin á sus padres,  
 pero ellos no se la dieron,  
 porque era Don Carlos pobre,  
 y es este borron muy feo;  
 porque no valen noblezas  
 sino hay con ellas dinero;  
 y porque no se casara  
 la meten en un convento.

Don Carlos sabiendo el caso,  
 enfadado del suceso,  
 dispone robar la dama,  
 sacarla del monasterio,  
 sin mirar que estos arrojos  
 Dios los castiga severo:  
 y que puede ser que al fin  
 lo pague para escarmiento  
 con temporales castigos  
 cuando no sean eternos.  
 Y una noche, cuyas sombras  
 ayudaron sus intentos,  
 tomaron los dos amantes  
 fuga en un bajél ligero,  
 que alas le prestára el aire  
 en el mar de sus deseos:  
 cual otro Páris troyano  
 que á Elena robó del Griego.  
 Mas en medio de este gozo,  
 de la noche en el silencio,  
 se levantó una tormenta  
 en aquel golfo soberbio,  
 que las olas de Neptuno  
 dan con la nave en el cielo;  
 porque enojadas las ondas,  
 ya bajando ya subiendo,  
 al azotado bajél  
 descuadernaban los leños,  
 y bramando el mar furioso  
 les quiso dar monumento  
 en sus quebrados cristales,  
 como á Leandro y á Ero.  
 Hizose el bajél pedazos  
 á la furia de los vientos,  
 y á la fuerza de las olas  
 el mar salió de su centro.  
 Fluctuando entre las aguas,  
 asidos á un frágil leño,  
 sobre la fé de una tabla  
 los dos amantes salieron

de milagro á las orillas  
 de dominios extranjeros,  
 como monstruos de fortuna,  
 pues de fortuna vivieron.  
 Besan la mojada arena  
 donde allí los dos se vieron;  
 ella Nercida del agua,  
 él Triton del mar soberbio.  
 Despues de aquesta tragedia,  
 dándole gracias al cielo  
 de haberles de ella librado,  
 llegan con gusto y contento  
 á Napoles la famosa,  
 donde se casaron luego,  
 y de Himeneo gozaron  
 el logro de sus deseos.  
 De este matrimonio amado  
 tuvieron un hijo bello,  
 á quien Julian le llamaron  
 en el bautismo supremo.  
 Criáronle santamente  
 con educacion y ejemplo:  
 llegó á edad de quince años,  
 dando á entender el mancebo  
 en la lucha y en la caza  
 el valor y el ardimiento.  
 Saliendo á cazar un dia  
 por unos montes espesos,  
 en medio de una montaña  
 contento divisó un ciervo,  
 que velóz la penetraba  
 á competencia del viento:  
 síguele con la escopeta,  
 haciendo el matarle empeño;  
 húyele el ciervo acosado,  
 y el jóven le iba siguiendo  
 porfiando en el alcance  
 para matarle al momento.  
 Pero viéndose apretado  
 el bruto montaráz, luego

piró su veloz carrera,  
 se encaró con el mancebo,  
 con voz humana le dice  
 enojado y muy soberbio:  
*Di, homicida de tus padres,*  
*por qué me persigues fiero?*  
 Apenas oyó sus voces,  
 cuando se cayó en el suelo  
 amortecido y sin habla  
 (no fue el caso para menos)  
 quedando como difunto  
 en el asombro y el miedo;  
 que no hay humano valor  
 en casos tan estupendos.  
 Al cabo de mucho rato,  
 ya cuando volvió en su acuerdo,  
 hácia su casa camina  
 triste, confuso y suspenso,  
 pero viendo que habia sido  
 aquello aviso del cielo  
 sobrenatural, que Dios  
 le envió con aquel ciervo,  
 y que acaso ser podia  
 pronóstico verdadero;  
 para quitar la ocasion  
 y escusar el sentimiento  
 de la muerte de sus padres,  
 y el vaticinio funesto  
 que anunciaba tal desdicha  
 á quien amaba en extremo;  
 se ausentó secretamente,  
 queriendo por este medio  
 evitar aquel desastre  
 cruel, terrible y sangriento.  
 En fin, salióse Julian  
 por varios climas y reinos,  
 anduvo muchas ciudades,  
 visitó diversos pueblos,  
 fugitivo aun de sí mismo

siempre en su memoria el ciervo;  
 pasó diversas fortunas,  
 sufrió trabajos inmensos  
 y necesidades muchas,  
 como pobre forastero,  
 que por muchas no las digo,  
 y por largas no las cuento.  
 Y los padres de Julian  
 cuando el hijo echaron menos  
 y que no sabian de él  
 por diligencias que hicieron,  
 con el dolor y la pena  
 alzan las manos al cielo,  
 y con suspiros y llantos  
 á Dios le piden consuelo.  
 Fue tanta su amante pena,  
 y fue tal el sentimiento  
 que partieron á buscarle,  
 abandonando sus fueros,  
 su casa, caudal y hacienda  
 (tanto es el amor perpetuo)  
 caminaron varios climas,  
 muchos reinos anduvieron  
 vestidos de peregrinos,  
 que aqúeste traje eligieron  
 en busca de su hijo amado  
 que ya le juzgaban muerto,  
 porque ignoraban la causa,  
 y de su fuga el secreto;  
 mas viendo que no le hallan  
 crecian sus desconsuelos,  
 sin poder hallar alivio  
 sino en su mismo tormento.  
 Dejemos en este estado  
 este caso verdadero,  
 que en el segundo romance  
 se dirá de este suceso  
 lo que falta, que es muy largo  
 y no es para medio pliego.



## PORTENTOSA HISTORIA

# DE DON CARLOS Y LUCINDA.

*Refiérese como fueron muertos á manos de su hijo Julian, sin nocerlos él, saliendo cierto el pronóstico del ciervo; y como él con su esposa se fueron á un hospital á hacer penitencia.*

## SEGUNDA PARTE.

**E**n el pasado romance ya dije como salieron los padres de Julian á buscarle, y que anduvieron buscándolo por el mundo con trabajo y desconsuelo: ahora sigo la historia y prosigo los sucesos de Julian, que fueron tantos que no es fácil de creerlo. Salió este mancebo heroico á España, donde llegó, como referido dejo, de Nápoles la famosa, y entró á servir al Rey nuestro en la guerra de Aragon

donde mostró sus alientos, hizo hazañas memorables, hizo muy famosos hechos, venciendo muchas batallas, grandes soldados rindiendo, le ganó muchas ciudades, le sujetó muchos pueblos; siendo su acero luciente de los enemigos miedo; el terror de los rebeldes y asombro del universo. Viendo el Rey estas hazañas, premió sus nobles alientos, y su general le hizo honrándolo con tal puesto; y cuando supo quien era, y su noble nacimiento,

con una noble señora  
 lo casó luego al momento,  
 que Margarita se llama,  
 cuyo divino sugeto  
 supo unir lo soberano  
 con lo hermoso y con lo regio.  
 Vivía el gallardo mozo  
 muy gustoso y muy contento  
 con su perla Margarita,  
 joya de subido precio,  
 dejando rumbos de Marte  
 por las delicias de Venus.  
 Muy olvidado vivía  
 Julian, aun de sí mismo,  
 y de aquel pasado lance  
 del pronóstico del ciervo,  
 como en el primer romance  
 ya referido lo dejó.  
 Mas sus padres lo buscaban  
 por países estrangeros,  
 por Roma, Milán y otras  
 provincias y varios reinos.  
 Con joyas y con riquezas,  
 con alhajas y dinero  
 se embarcaron para España  
 en su busca y seguimiento:  
 y despues de haber andado  
 de España el ámbito escelso,  
 una tenebrosa noche  
 que arrojó rayos el cielo  
 en una grande tormenta  
 de relámpagos y truenos,  
 como que ya adivinaba  
 su trágico fin funesto.  
 Llegaron Lucinda y Carlos  
 á un palacio muy supremo  
 que en una aldea tenia  
 Julian para su recreo,  
 donde á la sazón estaba  
 gozando el amor trofeos

con su hermosa Margarita,  
 mucho mas bella que Venus:  
 habia salido á caza  
 que era su divertimento,  
 y se quedó Margarita  
 con el acompañamiento  
 de criados, retirada  
 mientras venia su dueño.  
 Llegan los dos peregrinos  
 á sus puertas á este tiempo,  
 eran de Julian los padres,  
 los cuales le refirieron  
 á la hermosa Margarita  
 sus fracasos y sucesos,  
 y diéronse á conocer,  
 diciendo como eran ellos  
 de su marido los padres,  
 que le buscan con deseo  
 de verle, por cuya causa  
 de aquella suerte vinieron.  
 Cuando entendió Margarita  
 quien eran los estrangeros,  
 que eran de su esposo padres,  
 con gran placer y contento  
 los hospedó cariñosa,  
 haciéndoles mil cortejos.  
 Allí le cuenta la causa  
 del viaje por estenso,  
 haciéndoles relacion  
 de lo que en él padecieron,  
 los trabajos y pesares,  
 las penas y los tormentos,  
 los mares y las borrascas,  
 sustos, peligros y riesgos;  
 y la hermosa Margarita  
 suspensa la estaba oyendo,  
 admirada del acaso  
 que le estaba sucediendo.  
 Y despues de haber cenado,  
 con el aparato regio

que á los tres pertenecía,  
 con placer y con consuelo,  
 con lágrimas de alegría,  
 cuando era hora que el sueño  
 que es pension de los mortales  
 le diese el descanso quieto.  
 Los llevó á su misma estancia,  
 y á los dos les dá su lecho  
 adornado de brocados,  
 joyas, galas y aderezos.  
 Ya que los dejó acostados  
 cuando ya iba amaneciendo,  
 salió á la misa del alba  
 cuando el alba iba rompiendo,  
 porque quiso Margarita  
 al alba darle un encuentro,  
 y un choque con su hermosura,  
 cara á cara y cuerpo á cuerpo,  
 luz á luz y rayo á rayo,  
 que podia bien hacerlo.  
 A este tiempo Julian vino,  
 cuando de Apolo el lucero  
 rayaba neutrales luces  
 en la lámpara de Febo:  
 cuando el tierno pajarillo  
 empieza á entonar gorgeos,  
 y sacudiendo sus plumas,  
 desparezándose hueco  
 sobre la verde ramilla  
 de los chopos y los fresnos,  
 á vista de su consorte  
 del pico afila el extremo.  
 Entró Julian en su cuarto  
 descuidado del suceso,  
 se fue acercando á su cama  
 para dar descanso al cuerpo  
 del cansancio de la caza,  
 imagen de sus alientos.  
 Corrió la hermosa cortina  
 adónde estaban durmiendo

sus dos padres recojidos,  
 pagando el natural feudo;  
 cuando vido Julian  
 hombre y muger en su lecho,  
 estatua de mármol frio  
 se quedó de luego á luego,  
 juzgando que era su esposa  
 que le hacia adulterio.  
 Colérico y enojado,  
 como leon carnicero  
 que despedaza celoso  
 chopos, peñascos y leños,  
 siendo sus agudas garras  
 los cuchillos mas sangrientos,  
 con encendido corage,  
 echando sus ojos fuego,  
 el corazon palpitante  
 que le salia del pecho,  
 pálido el rabioso rostro,  
 arrancó un puñal violento,  
 y les dió de puñaladas,  
 dejándolos allí muertos,  
 rebolcándose en su sangre,  
 téngalos Dios en el cielo.  
 Vino despues Margarita,  
 y viendo el estrago fiero,  
 le dice: esposo del alma,  
 qué estrago es este que has hecho?  
 Sabe que has muerto á tus padres,  
 pues tus padres eran estos,  
 que aquí llegaron anoche  
 en tu busca y seguimiento  
 en traje de peregrinos,  
 y yo les metí aquí dentro,  
 hospedándolos en casa;  
 y en fin, le contó el suceso,  
 y todo lo que pasó;  
 y él atónito y suspenso,  
 pasmado de aquel acaso,  
 arrepentido del hecho,

viendo á su esposa inocente,  
 que fue causa de su yerro,  
 aunque ella no tuvo culpa  
 del lamentable suceso.  
 Se acordó lloroso y triste  
 de lo que le dijo el ciervo,  
 cuando le siguió en la caza,  
 haciendo en matarle empeño.  
 Lloro, suspira y lamenta,  
 los ojos levanta al cielo  
 pidiendo misericordia  
 con voces y con lamentos,  
 el corazon se le arranca  
 de dolor y sentimiento,  
 que de puro dolorido  
 daba saltos en el pecho.  
 Pide que un rayo le abraze,  
 que le consuma su incendio,  
 convirtiéndole en cenizas,  
 para servir de escarmiento  
 para los siglos faturos  
 á los patricidas fieros.  
 En fin, fue tanta la pena,  
 el dolor y desconsuelo  
 de Julian y de su esposa,  
 que al instante se partieron  
 á Roma, á que los absuelva  
 el Pontífice supremo.  
 En traje de peregrinos,  
 y con los vestidos mismos  
 de sus dos difuntos padres,  
 toman el camino luego.  
 Confesaron su pecado  
 con el sucesor de Pedro,  
 quien les dió la absolucion

de su llorado defecto.  
 En un hospital se meten  
 para servir de enfermeros  
 á los pobres de la casa;  
 la caridad ejerciendo,  
 asistiendo vigilantes  
 á todos los ministerios  
 de piedad, que se ofrecian  
 allí á los pobres enfermos.  
 Pasaron pues muchos años  
 egercitados en esto,  
 practicando las virtudes,  
 sin querer ser descubiertos,  
 y allí acabaron su vida  
 pagando debido feudo  
 al Autor de lo criado,  
 y Señor del universo,  
 y con opinion muy santa  
 de aquesta vida salieron,  
 dejando con sus virtudes  
 para imitarlas ejemplo,  
 pues allí fueron los dos  
 flores del jardin ameno  
 de la gracia, pues con ella  
 Dios premió su santo celo.  
 En la muerte de los dos  
 mil maravillas se vieron,  
 porque es muy grande el Señor  
 en favorecer sus siervos.  
 Y este romance se escribe,  
 porque es caso verdadero,  
 á noticia de los hombres,  
 para que tomen ejemplo;  
 teman á Dios y le pidan  
 que nos dé su santo reino.

FIN.

*Valencia: Imprenta de Laborda, calle de la Bolsería núm. 18,  
 donde se hallarán otros diferentes.*